

PSICOLOGÍA SOCIAL

LA CULTURA BAJO LA CRUZ DEL SUD

UNA CORRESPONDENCIA

San Miguel, Diciembre 15 de 1937.

Mi querido amigo doctor Terán:

De la serie de profesores que he tenido, quizás ninguno dejó en mí más profunda impresión que el que menos lo pretendía: un holandés alto, enjuto de carnes, cuellilargo, de testa minúscula; sabio de verdad, formado en la Universidad de Utrecht y que hoy, en heroicidad silenciosa e incomparable, abandonados los queridos libros de matemática sublime y cálculo vectorial, vive en las selvas del Brasil, evangelizando a los indios de Mato Grosso. Impresión, no por la materia enseñada, de la cual me quedó poco, ciertamente, por mi ineptitud para las "ciencias"; sino por la mentalidad general y el contacto de las almas.

Entre sus ideas, se me quedó grabada ésta: que las definiciones no se deben dar al principio de los libros, sino que deben brotar germinadas en el suelo, que fecundó el estudio personal. Criticaba con su tranquilidad inflexible y su rectitud desconocedora de melindres, los manuales así de física como de filosofía que emplean las primeras páginas en definiciones y divisiones completamente abstractas.

Me pasa ahora, al encontrar definiciones y dogmatismos —en el sentido peyorativo de la palabra— que me encojo de hombros y tomo una actitud más bien adversa. Al leer entonces en su artículo del nº 315 de "Estudios", una *definición* de la civilización latinoamericana... una definición...

Pero el artículo era suyo. ¿No sería aquella definición en cambio una laboriosa y formidable *conclusión*? Me incliné a creerlo, tanto más cuanto que me sentía en consonancia con aquella definición.

La civilización latinoamericana, dice usted, es la "preferencia por la utilidad enfrente de la idea, por la acción enfrente de la reflexión, docilidad a la pasión, ambición de grandeza, sentimiento profundo de simpatía humana".

¡Conclusión!, fuerte conclusión como lo he igualmente experimentado, al leer —con posterioridad al artículo— algunos de sus libros: *El nacimiento de la América española*, *La salud de la América española*, etc. . . . ¡Una conclusión definitoria!

Le quiero someter algunas consideraciones en orden a coordinar los elementos experimentales, por decirlo así, que conducen a esta definición y contribuir a la valoración de la misma.

No se trata en efecto de una definición *a priori*. Usted ha observado la realidad y ha estudiado la historia. Escribo una carta. No voy por lo tanto a acumular citas, ni a controlar fuentes. Sinteticemos, pues.

¡Estoy convencidísimo del papel deletéreo y morboso de los panegiristas! Los sudamericanos son crédulos e ingenuos panegiristas de sí mismos. Un entusiasmo candoroso los hincha respecto de su América con las riquezas "fabulosas" de sus virtualidades, el talento de sus hijos, lo sano, y lo joven de su espíritu... Fácilmente nos contentamos con vivir de renta, persuadido cada uno de la grandeza de lo propio.

No sé si le ha llamado la atención el hecho de que en este continente, en donde hubiera de haber un impulso constructivo ciclópeo, abundan los historiadores y los aficionados a la historia, esto es, hombres que anacronizan sus mentes en lo que fué, con la tendencia a hacernos creer que hay que volver a lo pasado. ¡Mito de los ciclos eternos!...

En el Brasil, casi no hay Estado que no tenga su "Instituto Histórico y Geográfico", aunque falten en ese mismo Estado un Liceo de Artes y Oficios, Escuelas Agrícolas, Escuelas Profesionales para Obreros. En un país tan vasto en territorio para la Agricultura existen tan sólo *dos* Facultades de Agronomía.

Contra el enamoramiento de lo propio, contra esa especie de narcisismo, los libros de usted se levantan con justicia que no se puede aplaudir lo bastanté. Porque hay que usar reciamente el bisturí a fin de que aparezcan las úlceras cancerosas, sobre las cuales se persiste en dejar extender una cicatrización superficial.

Usted prueba, con argumentos incontrovertibles, cómo el conquistador del siglo XVI, se tropicalizó, contrayendo, sea por influencia del clima, sea por la del indio, sea principalmente por la situación dramática, el salvajismo de los instintos primitivos y la elementalidad de las filogenias. ¿Para qué hablar de epopeyas, cuando todo terminó en un prosaico y mediocre término medio? ¿Para qué hablar de hazañas, cuando la mayor parte de las veces se trató de una carnicería estúpida, de una soldada sin horizontes, de una venganza sin visión política? Pienso en su capítulo sobre la "galería de los antepasados". Grandes soldados, hombres enanos. ¡Aunque haya siempre excepciones! ¡Ni fomentamos intenciones iconoclastas!

Cuando se habla con franceses o alemanes llegados poco ha a nuestra América, tan pronto se animan a expresar con sinceridad sus impresiones, la mayor parte de ellos coincide en la observación de una diferencia enorme. Pero ¿en dónde está la diferencia? ¡Oh! no por cierto en las capitales. Buenos Aires, podía ser capital de cualquier país europeo. La diferencia la ven fuera: en las villas y aldeas, en los campos. Allá, en su patria, todo está tan cultivado, y las villas y aldeas un encanto, un rincón atrayente. Parece que cada casita se esmera en manifestar una intimidad, una gracia y las flores de un jardín. Entonces a estos inmigrantes, la América verdadera, la que se oculta por detrás de las fachadas, da la impresión de un desierto de piedra. Y, si conociesen la vida errante de tanto pobre paisano que busca un miserable trabajo de hacienda en hacienda, un mes aquí, otro allá muy lejos... Y cuando al pasar en los vagones del ferrocarril ven una choza perdida en la campaña completamente aislada, delante de cuya puercecita cuatro o cinco niños harapientos saludan la locomotora al pasar...

De todo esto puede haber muchas *causas*, muchas *excusas*, pero queda el hecho señalado por usted. Al desprecio por los intereses vitales de lo conquistado, se añadió la ausencia de la vida de familia. Inmigración predominantemente masculina, sin penates domésticos. Soldados y encomenderos soñando en volver ricos, dejaban la esposa en Europa y satisfacían sus vicios con las indias. ¿Qué vida de familia se podía constituir, aunque se tratara, como habrá sucedido, de un verdadero matrimonio, entre un marido infinitamente distanciado de la esposa india? Distanciado por la educación, por la pre-

sión del atavismo, por la mentalidad, las maneras, los gustos y hasta quizás por la falta de dominio habitual de la lengua...

Consecuencia de este mal enorme: tiene usted sobrada razón al afirmar la irreligiosidad de los sudamericanos.

Los hercúleos esfuerzos de los misioneros —que tantas veces fueron obstaculizados—, ¿cómo podían contrarrestar la influencia de la madre india, supersticiosa, sobre su hijito mestizo?

Detengámonos en este argumento *a minori ad majus*. Si después de un siglo de funcionamiento de las reducciones, el jesuita misionero J. Cardiel escribía (1734) que los indios eran incapaces de tener en particular “vacas ni bueyes, ni caballos, ni ovejas, ni mulas, sino gallinas” (citado por Astrain, t. V, pág. 540) ¿cómo estarían en punto a religiosidad profunda e interior? Si en cosas materiales al entrar en función el instinto de posesión, el indio después de tanta educación y tanto cultivo se mostraba en una fase de nivelización regresiva hasta lo paleolítico, ¿qué habrá penetrado en orden a la constitución de una personalidad religiosa capaz de solidez y de perseverancia? Lejos de nosotros toda exageración y todo paralogismo. Es cierto que altos valores morales pueden anticiparse en mucho al progreso material; hay pruebas a granel de que florecía en las reducciones una vida de “cristianismo feliz” conforme a la célebre expresión de Muratori, cristianismo triunfador de los vicios indígenas: la embriaguez y la lujuria. Ni es menos cierto que muchísimos cristianos fervorosos civilizados caerían en estado de barbarie moral si fueran abandonados por sus pastores. Además sería locura pensar que sin la vida social dentro del cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia, sería posible el nacimiento y la perseverancia de cualquier personalidad religiosa cristiana. Lo contrario sería endiosar la persona y ser crédulo de una mística de la personalidad; acerca de lo cual habría mucho que hablar. Pero el nervio de aquel argumento es sencillamente que no es de creer en una “realización —dando a esta palabra el sentido fuerte que Newman y todavía más M. Blondel le prestan—, en una “realización” del catolicismo por parte de los indios. Estaban en la vía: y ya algo penetraba, y ya aparecían almas privilegiadas. La acción del misionero se debiera prolongar, continuar la catolicización.

Por otro lado los europeos, en virtud de la máxima: *corruptio optimi pessima*, daban ejemplos ignominiosos de una pluralidad de vicios infernal. La catequesis hubiera de haber comenzado por ellos. ¿Qué se hizo a este respecto? “En toda América vivieron en reyerta continua, virreyes con obispos, gobernadores con deanes y provisoros, corregidores con misioneros.” ¿Reconoce usted esa frase de su *Nacimiento de la América Española*? Pura verdad... y triste. Pero todos iban a las fiestas religiosas, a las procesiones, etc. ¿Cuántos rezaban? ¿Cuántos vivían como cristianos? Muchos. Además había una prescripción en favor del predominio de la religión.

Comprobación que se transforma en un *veredictum* aplastante, cuando es acompañada de esta otra: lo poco que ha quedado de religiosidad interior y de catolicismo vivido; la cual a su vez, acusa con interpelación vehemente a los que se contentaron entonces con una especie de nominalismo religioso; y, como siempre pasa, contentándose con que satisficieran a lo esencial, perdieron eso mismo esencial...

Ameghino habló e hizo hablar mucho de un *homo americanus*. Hablemos también nosotros de un *homo americanus*, pero en sentido llanamente moral. ¿Se nos presenta la figura robusta de un tipo sano? La misión Rockefeller, en el Brasil, al empezar sus trabajos encontró en los paisanos enfermedades alarmantes generalizadas, que han hecho

exclamar, ciertamente con alguna paradoja, a un notable higienista brasileño que "el Brasil es un gran hospital". No sé lo que habrá de semejante en los restantes países americanos, pero estoy convencido con usted, en sus libros sinceros, que en todas partes dominan enfermedades morales tremendas.

La pereza, la flojedad, la vanidad, la politiquería, el burocratismo, la ausencia de la acción privada a causa de la intromisión del Estado en todos los campos del trabajo. ¿Cuáles son los países más ricos y prósperos de nuestra América?

Hubo quien contestó: "Aquellos en donde haya más capitales y mano de obra extranjeros."

Lo que los americanos heredamos fué la manía de usufructuar el trabajo ajeno: estamos todavía en el estadio del encomendero...

Por eso, en su definición cambiaría yo una sola palabra: "Acción", y escribiría: "Agitación".

La acción, eso que M. Blondel estudia como síntesis de pensamiento y de ser, eso que estructura la personalidad, pero que la obliga a tender irresistiblemente al Ser de los seres..., no hay esa acción, sino muy rara, metamorfoseada, disociada, desintegrada, decadente, en el carácter del sudamericano. Mas hay, en cambio, agitación, distracción continua, horror a la concentración. Nos decía nuestro Maestro de novicios que cuando oyésemos a los obreros canturreando durante su faena, lo considerásemos como soledad de pensamiento. El tamborileo de las canciones en los oídos, mientras las manos trabajan rudamente, acaba por transportar todo el hombre a lo exterior. Y así nos exhortaba el grave religioso al recogimiento interior.

Inversamente, pero no contradictoriamente, Ollé-Laprune quería que se pensase con el cuerpo. La verdadera reflexión —la cual no es un mentalismo esclerótico—, es propulsora de la elevación de todo el hombre.

Algunos nos condenarán, mi estimado amigo, como pesimistas o de caer en un defecto bien característico: el de la autodenigración, fustigado por Carlos Pereyra en su *Historia de América*. Sin embargo, el espíritu con que lo hacemos, reprueba tal condenación. Usted, habla frecuentemente de *esperanza*, de *salud*, de la *misión* de los sudamericanos: el trabajo en favor de la fraternidad.

De hecho es pésimo sistema pedagógico el que se momifica en el gesto de apuntar errores y faltas o en el de castigar. Veamos lo bueno, alentemos, apreciemos los esfuerzos del trabajo, aunque sea invertebrado.

Su definición de usted no debe ser entendida como una enumeración de deficiencias.

"Preferencia por la utilidad en frente de la idea", sí puede ser una falla, puede, asimismo, indicar la tendencia a lo sólido frente a lo quijotesco. Su capítulo sobre la controversia entre los clásicos y realistas debía ser leído bajo esta luz.

"Preferencia por la acción (¿agitación?) en frente de la reflexión", descubre fuerzas que tienden a disociarse, pero que la educación paciente puede encauzar. Y la "docilidad a la pasión", puede ser encaminada a una sensibilidad: hacia la realidad dolorosa en perpetua gestación.

"El sentimiento profundo de simpatía humana" es una excelente cualidad.

¡Calidad! En el inédito que tengo de su mano, muestra usted que la vocación de esta hora es la de hacer predominar la calidad a la cantidad. Y esta calidad de nuestras obras sólo es concebible si hay calidades en nuestra naturaleza. He hablado de educación. Es que una y otra calidad: la de la obra, la del hombre, no vienen a la realidad sin la labor

educativa, esto es: sin la labor que extrae ("educere") una cosa de la otra. "Sólo la maceración arranca a las plantas su esencia, que no es, a veces, sino unas cuantas gotas lloradas por un matorral entero", ha escrito usted...

Lo que Carlos Alberto Erro, en un artículo reciente de "La Nación" (6 de diciembre de 1937), llamó el "sentido arquitectual" había de ser fomentado con entusiasmo. Y aunque en la primera parte de este artículo se abre camino cierta creencia "iluminada" en lo americano; lo esencial, el tema —lo demás es pura concomitancia—, no podía ser más acertado. Vemos delante de nosotros un mundo en desarrollo y para impedir errores en la construcción, tenemos a la vista la experiencia conocida de Europa.

Observemos que el sentido arquitectural no se puede ejercer sin una fórmula, un arte, más aún, una ciencia. En esto se ha disparatado solemnemente. La solemnidad de los disparates ha consistido en que todos los medios empleados en la construcción de la gran obra educacional y social han sido en general majestuosas abstracciones, válidas en el mundo de Platón, pero desarticuladas de la realidad. Usted habla de los programas de enseñanza cargados de materias difíciles, de las universidades pretenciosas, sin interés para la vida de la región en donde se encuentran. Cansados todos de reformas que no reforman. *La papelería escrita* se acumula; pero faltan hombres, hombres de carne y hueso que actúen y sean fermento.

El camino realista de la salud está, pues, en la formación de hombres. Ese es el punto de apoyo que pedía Arquímedes.

Y por mayor importancia que se dé a la escuela primaria y a la segunda enseñanza, no sé si no tendrá la misma la de la enseñanza universitaria, cuna del hombre que se abraza a una opción equivalente a una dirección general de vida. Los embriones humanos que la primera educación conforma, mientras se hallan en el seno de esta educación, los vemos más o menos en estado de oscilación. Pero durante el período universitario, al calor de las ideas comunicadas de lo alto de las cátedras, el joven llega a lo que Ollé-Laprune llamó pubertad intelectual, durante la cual las crisis son más vehementes que en la otra pubertad. Según esas ideas se debe, creo yo, pesar la misión inmensa que incumbiría a una Universidad adaptada profunda y concienzudamente a *nuestras* necesidades: una Universidad en la cual la consigna no fuera la de importar la última palabra de lo que se hace o se enseña allá fuera, sino importar seleccionando y adaptando, y crear por reacción, en orden a elevar progresivamente el nivel. Demos un ejemplo paradójico. Supongamos una Universidad, que con pretexto de ciertos hechos, creara una cátedra de Etiopología, o un conjunto de cátedras en que se estudiara el copto, la herejía nestoriana y la historia de Etiopía... Eso no quiere decir que vivamos fuera del consorcio del género humano y nos abstengamos de contribuir a la labor del espíritu a través de todas las ciencias, sino que digo que se nos impone el deber imperioso —espantajo para muchos— de conquistar una personalidad propia, un poder de asimilación mediante la meditación de lo que los otros han descubierto para luego convertirla en la traducción característica adaptada, hecha propia y acomodada a nuestras modalidades.

Y no es eso todo. ¿No hemos reconocido que es menester prolongar la obra de los misioneros, trabajar por un catolicismo profundo?

Delicado problema. ¿Por qué no mirarlo de frente?

¿Será muy raro este hecho de un joven que pertenecía a la Acción Católica —pertenencia efectiva los domingos— pero que pensaba sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado como su profesor regalista de Derecho Constitucional? Y ¿cómo podía ser

diferentemente? El pobre muchacho, por un lado, no oía sino piadosas exhortaciones vacías de solidez doctrinal, y por otro lo encandilaba la competencia brillante de un profesor que además lo estimaba.

Por un lado al proponer sus objeciones, sus dudas, sus deseos de ver claro, se le contestaba en términos rancios sobre los cuales su timidez le prohibía demandar aclaraciones; y por otra parte se le decía categóricamente, sin sutilezas, que lo verdadero era así y así.

¿Se pretenderá con una "concentración" y con semanas de estudio suplir la acción continuada y vivida de una cátedra universitaria?

Por lo tanto, mientras la docencia suprema no sea católica, no tendremos el "arquitecto" católico de nuestra obra.

¡Círculo vicioso!, me dirá alguno. Para la docencia y la educación y la "arquitectura" necesitamos hombres; pero para tener hombres nos hace falta una docencia adecuada y correspondiente a esas necesidades.

Objeción que prueba dos cosas. La necesidad de ir a las masas. La urgencia de la iniciativa privada.

De hecho no basta la acción sobre la minoría selecta por medio de la Universidad. Un grupo de intelectuales, más aun, un gran círculo no es capaz, por sí solo, de salvar un continente, si la masa de los obreros y de los campesinos, de los empleados y funcionarios está en manos de un proselitismo destructor. Además del hombre de cátedra, debe haber el catequista rudo, hombre de alma sencilla y ardiente, conocedor no sólo de su catecismo sino de las soluciones sociales concretas elaboradas por la doctrina social católica.

Evidentemente esta primera deducción agrava la dificultad. ¿Dónde encontrar este hombre? Pues bien: digo, que, en la medida en que tal hombre es resultado de la educación, quien lo plasma es la Universidad *concreta*.

Para solvótarlo no veo sino el impulsar la iniciativa privada.

En los países en que no haya libertad de enseñanza: la obra que debe realizarse ya la indicó, hace dos o tres años, Tomás D. Casares, en un notable artículo de "Criterio": que individualidades católicas opten en los concursos a las cátedras universitarias oficiales.

En las felices naciones en donde haya libertad de enseñanza, la obra grandiosa es la Universidad Católica, la cual, nacida de la actividad de una o dos personas, podrá suministrar los hombres de gobierno, de la acción social, de la imprenta, de la industria, de la agricultura, para la construcción de la "nueva cristiandad".

Muy consciente estoy de que esas dos razones no solventan enteramente la objeción del "círculo vicioso". Contestaciones humanas, probabilidades humanas, aproximaciones humanas. Que se añada, pues, el conjunto de todas las circunstancias favorables: fusión de nuestro esfuerzo y de lo que se debe llamar la "hora de Dios". ¡Que suene esta hora!

Mi querido amigo, al empezar esta carta, temía ser demasiado largo; al terminarla veo que ya no es carta. Usted me proporcionó la materia de una meditación. Ahora permita que le suplique quiera dictar una "sentencia judicial" en el seno de esta "suprema corte", en la cual "reflexionamos frente a la acción", haciendo el proceso de nosotros mismos.

Mis saludos cordiales.

R. SABOIA DE MEDEIROS.

Buenos Aires, Diciembre 28 de 1937.

R. P. R. Saboia de Medeiros.

San Miguel.

Mi respetado joven amigo:

Ha tenido usted la paciencia de entresacar de mis libros las ideas con que en diversas épocas he tratado de esbozar "el espíritu" hispanoamericano.

Pensé desarrollar esas observaciones parciales y hacer un libro orgánico, que debía llamarse *Lo romántico, signo de la América española*, en contraposición a otro anterior, llamado *Lo gótico, signo de Europa*.

Los materiales están reunidos pero el libro no se publicará porque me ha faltado un elemento esencial: el conocimiento personal de los países hispanoamericanos. El libro carecería, en consecuencia, de la iluminación que vierte en los hechos y en los datos, la impresión del contacto directo, la visión un poco adivinatoria de la realidad estudiada; irremplazable en el análisis psicológico.

Un capítulo de ese libro está publicado con el título de *Al servicio de la novísima generación* y que debió llamarse *Una internacional hispanoamericana*.

Tal es el carácter que asumió hace años, en efecto, lo que se llamó *Reforma* o *Revolución Universitaria*, propagada en toda nuestra América, promovida y sostenida por una común inspiración. En ese hecho encontré un documento comprobatorio de la condición romántica de nuestra civilización.

Todos vemos las procelas de que está rodeado el empeño de hacer un bosquejo de psicología colectiva. Es el entretenimiento preferido de los turistas. Cuanto viajero ha llegado a Buenos Aires ha formulado el boceto del alma argentina. El mal ejemplo es tan antiguo como Herodoto.

Cuanto más limitado es el campo de observación, la síntesis es menos pálida e imprecisa. Desde luego, cuando hablamos de psicología americana, debemos excluir a Estados Unidos, tan radicalmente disemejante. Pero no basta esa reducción. Debe separarse también al Brasil: ahora que me he adentrado un poco en su historia, comprendo las diferencias que tiene con los pueblos hispanoamericanos.

Siempre con el mismo propósito de concretación, hasta creo que podríamos poner fuera de cuadro a Méjico.

No solamente durante la Colonia fué un centro de extraordinario vigor autonómico, sino que durante el período de la Revolución y de su Independencia ha seguido una línea divergente con relación a la evolución de los demás países hispanoamericanos.

El núcleo que ofrece una homogeneidad mayor y que autoriza por tanto la empresa siempre atrevida, de una síntesis de psicología social, es el formado por los países de origen hispano que constituyen la América del Sud.

El rasgo que hace años me pareció definidor del carácter, mejor dicho del temperamento, es el que expresé con el epíteto de romántico, en el sentido de prevalencia del sentimiento y la pasión sobre la reflexión y la inteligencia. Las derivaciones inmediatas de tal rasgo son numerosas: fácil entusiasmo, versatilidad, propensión *al sentimiento*, etc.

Me parecen ilustrativos de este fondo del romanticismo racial los libros de Ernest Seilliére, que ha estudiado al través de autores y de pueblos las repercusiones de las doctrinas de Rousseau.

Hay un pasaje de Rousseau que expresa bien el estado de ánimo de los pasionales sentimentales. Es en las *Confesiones*, libro 3º: dos cosas casi incombustibles se unen en mí, un temperamento muy ardiente, pasiones vivas e impetuosas e ideas que nacen difícilmente, embarazosas y que no se presentan nunca sino a destiempo. El sentimiento, más rápido que el relámpago, viene a llenar mi alma y en lugar de alumbrarme me quema y me deslumbra.

No hay por qué sorprenderse de que nuestros países sean así: es lo propio de la juventud. Los impulsos, las emociones, toman la delantera y gobiernan la vida.

La primera idea de que el rasgo romántico era distintivo de nuestra psicología me vino de la lectura del libro de *Viajes*, de Paolo Mantegazza, el famoso fisiólogo italiano. Pocos observadores más calificados que Mantegazza, pues vivió largos años en nuestro país y en diversas regiones.

Su carta comenta algunas de mis observaciones sobre el carácter hispanoamericano, durante el período de la conquista, formuladas en mi libro *El nacimiento de la América española*: la tropicalización del blanco conquistador, y la irreligiosidad de la conquista.

Creo que los datos con que apoyo ambas observaciones son importantes.

Pero deseo aprovechar la oportunidad que me da su carta para expresar las limitaciones con que debe entenderse mi pensamiento.

En primer término la de que a mi juicio recae sobre el siglo de la Conquista y no puede extenderse en adelante. En los siglos XVII y XVIII se van sedimentando los cimientos de una nueva sociedad. El hombre se radica, la familia se regulariza, sobre todo en ciertas regiones. Contribuye a este fenómeno la posibilidad de hacer agricultura y la dotación de encomiendas.

En estos siglos la siembra evangélica es más eficaz, sobre todo debido a la acción de la Compañía de Jesús, que fué la mentora de la nueva sociedad.

En segundo término mis cargos a los conquistadores, valido de los testimonios más fehacientes, no importan un juicio, sino una comprobación.

Porque siempre será verdad que debemos a la Conquista española que nuestro continente haya formado parte del orbe católico, y este bien incomparable le será contado por siempre a España.

Mi posición es, pues, la de Fray Bartolomé de las Casas, una de las figuras más altas de su siglo.

Para estudiar este fenómeno de la evolución colonial, una vez concluida la conquista, contamos ahora con un documento de un valor considerable que es necesario valorar y analizar puntualmente. Me refiero a los *Cancioneros* populares recogidos y comentados por don Juan Alfonso Carrizo. Por ser popular, por haber sobrevivido en la tradición oral de familias campesinas y de las pequeñas aldeas del Norte Argentino debe ser tenido como un documento excepcional. Ahora bien, en esas canciones, en esos romances, apuntan con frecuencia los más finos sentimientos cristianos, dormidos en el fondo de las poblaciones originarias.

Finalmente, no deseo dejar de hablar de un rasgo de la vida colonial, de cepa española, y que significa un lote magnífico de nuestro patrimonio moral. En efecto, cuando la

sociedad se asienta y las uniones domésticas se hacen regulares, la esposa revela una adhesión inquebrantable por el esposo y por su hogar. La abnegación de la esposa, la dedicación absoluta a su tarea de madre, su sentido de honor aparecen en la historia colonial, quizá, como en ninguna otra formación social, en igual trance.

Como ve S. P. he abusado de su bondad, escribiendo en respuesta a su sustanciosa carta, notas volanderas y parciales.

Espero que me será concedida la oportunidad de corresponder más dignamente a su honroso gesto.

JUAN B. TERÁN.